

“Y no sabe (sus fuerzas agotadas  
En enervante y lánguido desmayo)  
Cómo extender las alas enarcadas  
Para volar á la región del rayo.

“Así se olvida el alma, de este suelo  
Encadenada en la prisión obscura,  
Que más allá del estrellado velo  
Se encuentra su región y su ventura.

“Y según se prolonga la existencia,  
Cual flor que se deshace hoja tras hoja,  
De la paz, del amor, de la inocencia  
Y hasta de la esperanza se despoja.

“Crece la vida y la desdicha crece,  
Y se empieza á dudar si Dios es justo,  
Viendo que la virtud ora y padece,  
Y sube el vicio á tribunal augusto.

“¡Ah, cuántas veces el delito lleva  
Del ínclito poder á la alta cumbre,  
Como del fondo de la mar eleva  
Al cadáver su misma podredumbre,

“Y hundidos en inerte desaliento,  
No tenemos los míseros humanos  
Ni á quien alzar el desmayado acento,  
Ni á dó tender las suplicantes manos.

“Marchítase la fe, la duda brota,  
Y va assolando cual hirviente lava;

Y hasta el anhelo del placer se agota,  
Y hasta el instinto de vivir se acaba.

X

“La condición mortal de nuestra vida  
Es el dón más precioso de la suerte.  
No con temor imbécil me intimida,  
Antes con avidez llamo á la muerte.—

“Pero ¿te hago llorar? ¡Hija del alma!  
Oyendo estoy tu congojoso aliento;  
Lloras, sí, y es por mí... tus penas calma,  
Que más tu lloro que mis males siento.

“Comprendo bien tu queja lastimera,  
Amor me prueba tu inocente llanto,  
Y mientras haya un alma que nos quiera,  
La vida tiene objeto y tiene encanto.

“Quiero vivir, pero vivir contigo,  
Y aprecio tanto tu filial ternura,  
Que desdeño mis penas, si consigo  
No darte por herencia mi amargura.

“Cuando cubra la tumba mis despojos,  
Cuando engrandezca el tiempo mi memoria,  
En el cristal de tus azules ojos  
Con viva luz reflejará mi gloria.



“Eres, Débora, el aura de bonanza,  
Que en primavera el manantial deshiela,  
El ángel celestial de la esperanza  
Que acompaña al dolor y le consuela.

“¡Te hará gemir el que te debe tanto!  
¡Oh, déjame enjugar tu rostro hermoso!  
Fueran tus penas mi mayor quebranto;  
Sé tú feliz, y me verás dichoso.”

## XI

El bajel, de la orilla ya cercano,  
Ancla y bota á la mar lancha ligera,  
Que encomendada á la robusta mano  
De hábil remero, atraca á la ribera.

Entra en el bote el ciego desvalido,  
Y Débora tras él rauda se lanza,  
Boga la lancha al barco detenido  
Y en instantes brevísimos le alcanza.

De nuevo el barco su derrota emprende  
Dejando al rededor montes de espuma,  
El seno de la mar ligero hiende  
Y desaparece entre la densa bruma.

## XII

Los que sabéis que el alma atribulada  
Necesita de Dios en sus dolores,

Y no cerráis del corazón la entrada  
De la ajena desdicha á los clamores,

Venid, venid á mí, y si os contrista  
El lamentar del inspirado ciego,  
A las alturas dirigid la vista  
Y al Sér Eterno compasivo ruego:

¡Que amanse su furor el Océano!  
¡Que no se nuble la polar estrella!  
¡Que Dios proteja al venerable anciano!  
¡Que ampare Dios á la gentil doncella!



## LUIS MARTINEZ Y GÜERTERO

---

(Artículo publicado en «Gente Vieja,» periódico literario de Madrid.)

“Siendo casi un niño, á poco de mi venida á Madrid desde el rincón de una provincia, deseoso de abrirme paso, si podía, en la república de las letras, contraje estrecha y cordial amistad con un joven poeta, próximamente de mi misma edad, y, como yo, desconocido. Era á la sazón Luis Martínez Güertero, que así se llamaba mi nuevo camarada, aun cuando ocultase su verdadero nombre—no sé por qué—bajo el extraño pseudónimo de “Larmig,” mitad enigma y mitad anagrama, un mancebo apuesto y gallardo, de fisonomía byroniana, de ingenio vivo y sagaz, y si bien de índole algún tanto voluntariosa y autoritaria, como niño mimado, de trato cariñoso y expansivo.

Todavía recuerdo con melancólico encanto aquellas hermosas tardes de otoño, en que él, Carlos Rubio, otro gran poeta malogrado y yo, paseábamos juntos por las frondosas arboledas del Retiro, al través de cuyo espeso follaje, que ya empezaba á amarillear, se filtraban, como hilos de oro, los últimos y encendidos fulgores del ocaso. Entregados á vanas imaginaciones, vagábamos solos entre el bullicio de la gente,



sin cuidarnos de nada, declamando versos, confiándonos en el calor de la intimidad nuestros propósitos, nuestros amoríos, nuestros apuros de dinero, nuestras penas fugaces, y fijo el pensamiento en lo porvenir, alimentando nuestra sed de gloria con risueñas y doradas esperanzas. ¿Qué queda ya de nuestros sueños de entonces? ¿Qué queda de nosotros mismos? "Larmig" ha desaparecido trágicamente del mundo á impulsos de su propia mano; Carlos Rubio ha muerto en la obscuridad, sin dar de sí todo lo que prometía, devorado por el monstruo de la política, y sólo yo, el más débil y enfermizo de los tres, resisto aún los embates de la edad y de la vida á semejanza de uno de esos viejos troncos que permanecen erguidos, aunque ya sin flor, sin hojas y sin fruto, como único vestigio de una selva por donde han pasado, arrasándola, el huracán y el incendio.

Repentinamente mudanzas de la suerte torcieron el curso de la existencia de "Larmig." De la noche á la mañana se encontró huérfano y pobre. Era una naturaleza enérgica, y ante aquel inesperado golpe de la fortuna, no desmayó un solo instante. Comprendiendo con exacto sentido de la realidad que el camino de la literatura, donde ya había empezado á cosechar laureles, no era el más apropiado, sobre todo en España, para recuperar la riqueza perdida, abandonó sus estudios universitarios, rompió, sin vacilaciones, su áurea pluma de poeta, y sin despedirse de nadie marchó á Londres, en donde, con su conocimiento del inglés y algunas recomendaciones valiosas, no le fué difícil colocarse en una casa de Banca española. Desde entonces no volví á saber de él, no recibí ninguna carta suya, y perdí por completo su rastro, hasta que un día, después de muchos años de separación, di con él de manos á boca, cuando menos lo esperaba, en la Puerta del Sol. Nuestra alegría fué inmensa. Abrazámonos con efusión fraternal, y como si sólo hubiéramos dejado de vernos desde el día anterior, reanudamos nuestras amistosas confidencias. Contóme parte de su historia; díjome que se había casado en la Coruña, y que á la sazón vivía en Madrid con una hija única, inteligente y hermosa, que era á la vez su preocupación y su encanto.

Un día se presentó muy de mañana y de improviso en mi casa. Arrellenóse en una butaca, y con muchos rodeos y atenuaciones, como si se tratase de gravísima falta, me mani-

festó que en sus horas de ocio había compuesto un libro de versos, sobre cuya publicación quería consultarme. A instancias mías comenzó á leer su manuscrito, y desde las primeras páginas me sentí subyugado por la magia de aquellas vibrantes estrofas, llenas de unción religiosa y de magnificencia lírica, diáfanas como la atmósfera de un sereno día de estío y conmovedoras como algunos versículos de la Biblia.

Varias veces intentó cerrar el cuaderno diciéndome:— ¡Basta! Ya habrás podido formar juicio de mis pobres tentativas,—y otras tantas le contuve obligándole á continuar la lectura. Concluyóla al fin, dejándome confuso, ó más bien maravillado; díle mi cordial enhorabuena, y al oír los calurosos elogios que su obra arrancaba á mi admiración, preguntóme con cierta timidez si tendría inconveniente en escribir un prólogo para presentarle al público, de quien hacía tanto tiempo vivía apartado.

Acepté con júbilo su proposición, y sin levantar mano hice en pocas horas el trabajo que me había pedido, el cual, como escrito en época tan calamitosa y revuelta, se recienta del estado de mi ánimo, al mismo tiempo afligido é indignado. "Larmig" me demostró su gratitud con apretado abrazo, recogió el prólogo, y al cabo de un mes, poco más ó menos, me trajo el primer ejemplar de las "Mujeres del Evangelio," libro cuya fama, desde su aparición, ha ido creciendo de día en día.

Transcurrido algún tiempo, "Larmig," que no menudeaba sus visitas, se presentó de nuevo en mi casa. Nunca le había visto tan animado y jovial. Acababa de escribir su hermoso poema "Las Hijas de Milton," (\*) el primero de una colección que tenía proyectada, y con la candorosa alegría de autor satisfecho, venía á leerme algunos trozos de su última obra. Hablamos largo y tendido; me anunció que quería publicar su nuevo libro en edición de gran lujo, con láminas grabadas en Inglaterra; y luego, en el curso de la conversación, por su parte chispeante y entretenida, me expuso su proyecto de probar fortuna en el teatro. Aún resuenan en mis oídos las palabras con que, despidiéndose de mí, puso fin á nuestra entrevista.

(\*) O "Las Querellas del Vate Ciego," que van agregadas en este Apéndice.—(N. del E.)



—Adiós—me dijo,—voy á hacer un drama, y si tiene buen éxito, lo celebraremos con una francachela como las que solíamos tener en nuestra juventud. Echaremos una cana al aire.

Y, en efecto, cumplió su palabra é hizo un drama: pero ¡cuán espantoso y horrible!

La mañana del día siguiente á aquel en que estuvo hablando conmigo, degollóse con una navaja de afeitar delante de un espejo, en su cuarto de dormir, sin que hasta ahora haya podido averiguarse la causa de resolución tan desesperada. “Larmig” se llevó su secreto á la tumba. Allí yace con él. ¡Pobre amigo mío! ¡Descansa en paz!”

Gaspar Núñez de Arce.

## DON LUIS A. MARTINEZ Y GÜERTERO

(De «La Literatura Española en el Siglo XIX,»  
por el P. D. Francisco Blanco García.)

En las columnas de “La Ilustración Española y Americana” aparecieron unos cantos religiosos, firmados con el modesto é indescifrable nombre de “Larmig.” ¿Quién es “Larmig?” preguntó la curiosidad de sus admiradores; y sólo se les contestaba con el silencio, mientras corría con creciente fama el afortunado pseudónimo, cuyo velo se descorrió del todo con una ocasión tristísima, la de haber puesto el poeta fin á sus días por el suicidio (1874). Añádase la presente al número de las inconsecuencias humanas, sí, inconsecuencia fué, y no deducción lógica de los mismos sentimientos en que rebosan sus poesías, el desenlace de tan lúgubre tragedia y repitiendo de pasada lo que todos saben, que “Larmig” no era sino Don Luis A. Ramírez Martínez y Güertero, compadezcámonos de él al recorrer una vez más las maravillosas y nunca marchitas páginas de ese libro, todo de oro, que se llama “Las Mujeres del Evangelio.”

La Madre del Verbo encarnado, las dos hermanas, Mar-



ta y Magdalena, la hija de Jairo, la Samaritana y la Verónica, van bosquejando con su aparición el poema maravilloso que comienza en Belén y termina en el Calvario, dejan adivinar un fondo de luz, sobre el que se destaca, ora severa, ora apacible, la faz de Dios hecho hombre, que llora y enseña, ama y sufre y se compadece. "Larmig" bebe en el Evangelio su inspiración, sencillamente casta y honradamente persuasiva; habla al alma, cuyas más secretas fibras remueve en vez de halagar con figuras á los ojos y con sueños á la imaginación. Es lírico de infinita ternura en el canto "A María," y dramático en el de "La Samaritana," y semiépico en las restantes por lo elevado de la narración, pese á las proporciones exiguas del espacio en que se desenvuelve, sin perjuicio de continuar estas cualidades con tanta rapidez como invisible destreza. No relata con la sequedad á que eran tan ocasionados algunos temas, sino con aquella unión mística que todo lo penetra, con aquella seductora candidez, suave como la luz del crepúsculo, que baña con sereno fulgor las más insignificantes escenas. Algo hay allí que se siente mejor que se analiza, á saber: el espíritu de la tristeza con sus múltiples formas, y el anhelo por inquirir hasta en sus últimas consecuencias la filosofía del dolor, de ese dolor que, siendo la más grande y la más tremenda de las realidades, perenne misterio de la vida y problema indescifrable, es también el principal entre los elementos artísticos, como el que más vive y se nutre de la verdad humana. No se busquen en otra parte el sentido íntimo, el sello de originalidad y las perfecciones que avaloran "Las Mujeres del Evangelio:" de ahí también su carácter subjetivo, derivado de que nunca desaparece, ni en la narración, ni en las sentencias, ni en el diálogo, la personalidad del poeta; antes siempre está delante de los ojos, ceñida con el velo fúnebre de la desgracia.

La trágica muerte de "Larmig" dice bien que no eran afectadas sus quejas; pero basta oírlas para creer en su sinceridad, y para sentir en el alma un reflejo de lo que él sintió tan hondamente, y con tan maravillosa fidelidad interpretaba. Y ahora véase la prueba de lo dicho: véase cómo la simpatía por el dolor informa y vigoriza la musa de "Larmig," inspirándole sus conceptos más delicados y felices. Ya está acudiendo á la memoria del lector esta octava del canto "A María:"

¡ Ah! Tú eres el dolor volando al cielo,  
Bajel que boga en tormentosos mares;  
Tú sabes de la vida el desconsuelo;  
Tú sabes, Madre, lo que son pesares;  
Es un valle de lágrimas el suelo,  
"Y el dolor debe estar en los altares;  
"Y tú al llorar enalteciste el llanto."  
"Tú fuiste del dolor símbolo santo,"

¡ Y cuánta ternura no hay en aquellos dos versos:

Y no te olvides del que gime triste  
En este valle donde tú gemiste!

La intimidad de su pena no impide á "Larmig" remontarse á la causa de todas las que afligen al género humano:

El hombre delinquirió; nubló el pecado  
La viva luz de la divina gracia,  
Y el Rey universal de lo creado  
Es el doliente Rey de la desgracia.

La nota pesimista en "Las Mujeres del Evangelio," está á veces fuera de su lugar, demostrando la irresistible predilección que hacia ella sentía "Larmig;" predilección que le produce grandiosos efectos en el terreno del arte, pero que, si bien se estudia es demasiado exclusivista para inspirada únicamente en el dogma cristiano, cuya amplitud, al mostrarnos los dolores de la vida, los sabe hermanar con las alegres intuiciones de la esperanza.

En cuanto á la forma de estos poemas, tan inseparable del fondo, como de él directamente emanada, con razón se admira y admirará aquel sano clasicismo, en que ni la elegancia perjudica á la sencillez y espontaneidad, ni el relieve de la imagen denuncia el trabajo penoso de quien desbasta y cincela, ni la expresión, por elevada, deja de ser precisa, clara y transparente. "Las Mujeres del Evangelio" no parecen, tanto de estos tiempos, como de nuestro siglo de oro; por el candor y la ingenuidad del estilo, así como en la profundidad psicológica, reflejan los angustiosos combates engendrados por el individualismo moderno.



## INDICE

---

Prólogo.....	V
María.....	3
Magdalena.....	17
La Samaritana.....	31
La mujer adúltera.....	41
Marta.....	51
Berenice.....	59
La Hija de Jairo.....	75
Notas.....	89

### APENDICE

Querellas del vate ciego.....	103
Artículo de Gaspar Núñez de Arce.....	123
Artículo del P. D. Francisco Blanco García.....	127



